Arzobispo

Ricardo Blázquez Pérez

Prólogo al libro ¡¡¿La acusación de sí mismo¡/¡¿ de Jorge Mario Bergoglio, papa Francisco

Junio de 2013

Prólogo al libro del cardenal Jorge Mario Bergoglio, papa Francisco, La acusación de sí mismo. El camino de la humildad*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 2013, 80 pp.*

La elección del cardenal Jorge Mario Bergoglio como obispo de Roma y Sucesor de Pedro ha ampliado el radio de acción de sus escritos anteriores, como este, que es una auténtica joya. Los beneficios de su magisterio espiritual y pastoral, potenciados por el ministerio papal que ha recibido providencialmente, alcanzan a muchas más personas. Al enriquecimiento que nos proporciona su lectura, unimos nuestra gratitud. Estos escritos cortos responden también a la premura de tiempo que por diversos motivos padecemos hoy en día.

El papa Francisco escribe como un maestro espiritual, penetrando en el nudo de sentimientos del corazón humano, con interpelaciones constantes y expresiones atinadas que, por su soporte imaginativo, se graban fácilmente en la memoria. Escribe como habla; tanto los gestos como las palabras brotan espontáneamente del interior y llaman directamente a los oyentes, desprendiéndose el autor frecuentemente del texto escrito por esa inmediatez pretendida; posee la capacidad de un excelente comunicador y la fuerza de un predicador, inspirándose constantemente en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio

La humildad no es señal de apocamiento ni de debilidad, ni la autosuficiencia equivale a grandeza de alma. En la humildad cristiana germina y se afianza el valor para anunciar la verdad y denunciar la mentira, para reconocer la bondad de los demás y la maldad de uno mismo. A la humildad se llega frecuentemente por la vía de la humillación; por eso, quien aborrece la humillación se cierra a la humildad y a la sabiduría que otorga el sufrimiento. En la humillación, que fortalece la humildad, reside la mansedumbre del corazón. El humilde no niega los dones recibidos, pero los remite a Dios, que es su fuente; el humilde no rehúye prestar la colaboración que puede, ni asumir la responsabilidad que se le confía. La citada expresión de santa Teresa de Ávila, «*humildad es andar en verdad*», tiene numerosas perspectivas que iluminan muchas confusiones y oscuridades.

La humildad es una virtud originalmente cristiana, ya que se funda en el ejemplo de Jesús y en su espíritu. El Hijo de Dios se hizo hombre, no alardeó de su dignidad, se humilló a sí mismo y aprendió a obedecer hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. Flp 2,7-8). El Señor compartió nuestra condición humana, haciéndose nuestro hermano (cf. Hb 2,17; 3,7 ss.; 4,14-16); por eso comprende nuestra fragilidad. En el descenso con Jesús tocamos la verdad; perdiendo la vida por Él, encontramos la Vida verdadera y eterna. El amor humilde es poderoso contra la violencia y el deseo de venganza, mientras que en la prepotencia se oculta muchas veces el miedo y la debilidad. Jesús, entregando su vida por amor a la humanidad, sin devolver mal por mal ni insulto por insulto (cf. 1P 2,22-25), obedeciendo al Padre y pidiéndole perdón por quienes lo habían conducido hasta la muerte cruel y la cruz ignominiosa, es ejemplo sublime de libertad para entregar y tomar de nuevo la vida. En el amor humilde reside la fuerza para cambiar al mundo hacia la reconciliación y la paz. El Espíritu de Jesús crucificado y glorificado nos enseña que Cristo en la cruz es la verdad del hombre y del mundo. Por eso, la comunión con Jesucristo crucificado regenera la vida del hombre y la hace disponible para la fraternidad.

El amor humilde y la acusación de sí mismo crean comunidad, a diferencia del orgullo, del individualismo y de la murmuración, que siembran discordia y desazón. La crítica inmisericorde destruye y esteriliza; en cambio, la comprensión benigna y generosa fortalece la fraternidad. Precisamente en un contexto eclesial, ante la Asamblea archidiocesana de Buenos Aires, el cardenal Bergoglio recuperó este breve, denso y profundo escrito, dirigido originalmente a unos jóvenes religiosos.

sinceramente lo que se es y se vive (cf. 2S 16,5-14). La humildad ante Dios es el camino para la paz personal y para la paz en la Iglesia.